

Diez mochilas bomba estallaron en cuatro trenes en sólo seis minutos

- La matanza sacudió las estaciones de Atocha, El Pozo y Santa Eugenia
- Los artificieros explosionaron de forma controlada otros tres artefactos

M. BATALLAS / O. PEREDA
MADRID

Eran las 7.39 de la mañana. Como cada día, casi un millón de personas, en su mayoría trabajadores --muchos inmigrantes-- y estudiantes, se acercaban en tren a Madrid capital desde el Corredor del Henares para comenzar una nueva jornada. Sin embargo, 192 no lo consiguieron.

A esa hora, el tren 17305, que había salido de Guadalajara a las 6.45 y cuyo destino final era la estación de Chamartín, saltó por los aires en la estación central de Atocha. Tres *mochilas bomba*, cargadas con 15 kilos de una mezcla de titadine y nitroglicerina, estallaron cuando el convoy había entrado ya en la estación y estaba parado en la vía 2. Caían las primeras 40 víctimas mortales y comenzaba así la jornada de terror.

Un minuto más tarde se oyó otra deflagración, más potente que la anterior. El tren de cercanías 21431, que había salido de Alcalá de Henares a las siete de la mañana con destino final a Alcobendas, al norte de Madrid, quedó reducido a un amasijo de hierros tras explotar otras cuatro *mochilas bomba* cuando estaba a 800 metros de la estación de Atocha.

UN RETRASO DE DOS MINUTOS

Llegaba con dos minutos de retraso, lo que evitó que la tragedia fuera mayor. La intención de los terroristas era que las explosiones coincidieran en el centro de la estación para hacerla reventar. A pesar de ello, se contabilizaron 59 muertos.

El caos fue apoderándose de la ciudad. Las calles aledañas, las líneas 1 y 9 del metro y el servicio ferroviario de toda la comunidad quedaron interrumpidos. Los ciudadanos no pudieron permanecer impasibles en sus casas y se lanzaron a la desesperada a las cercanías de la estación para ser testigos de la magnitud de la tragedia. Desde esa hora el sonido de la ciudad se transformó en un continuo ulular de sirenas de los servicios de emergencia, urgencias médicas y policía. No se dejaron de oír a lo largo de la jornada.

Pero la masacre también se extendió a otros apeaderos. El tren 21435, que había salido de Alcalá de Henares a las 7.10 con destino a Alcobendas, explotó cuando estaba detenido en la estación de la humilde barriada de El Pozo del Tío Raimundo. Las dos bombas, escondidas también en mochilas, reventaron los techos de los vagones centrales. Éstos se incendiaron y provocaron que algunas de las 67 víctimas mortales, 41 hombres y 26 mujeres, quedaran atrapadas entre las llamas. Otras 50 resultaron heridas.

La décima explosión se produjo en la estación de Santa Eugenia, en el tren 21713, que había salido también de Alcalá de Henares a las 7.15 con destino a la estación de Príncipe Pío. Éste es el apeadero que habitualmente utilizan los estudiantes de la Universidad Politécnica. La jornada de huelga de profesores universitarios que ejercen en Madrid hizo que muchos alumnos no acudieran a clase. A pesar de ello, 15 personas murieron.

Eran las 7.45 horas. Habían estallado ya 10 bombas, pero la policía localizó otras tres que fueron explosionadas de forma controlada por los agentes especiales Tedax. En Atocha se vivieron momentos de gran tensión. En tres ocasiones los servicios de emergencias que atendían a los heridos fueron desalojados de la estación por la posibilidad de que tuviera lugar otra detonación. Los facultativos optaron entonces por la rápida evacuación de los heridos sin determinar con precisión el alcance de sus lesiones.

A las 9.45, los Tedax desactivaron un explosivo colocado en un Ford Fiesta rojo que estaba aparcado en una gasolinera cercana a la estación de Atocha. La policía ordenó a los ciudadanos que se alejaran unos 100 metros del cordón de seguridad que habían establecido frente a la puerta de acceso a las líneas del AVE. Además, los agentes obligaron a los vecinos que curioseaban desde los balcones de sus casas a meterse dentro y a bajar las persianas. Todo terminó con una humareda blanca y un intenso olor a pólvora.

A la misma hora, los artificieros explosionaron otra bomba en la estación de El Pozo. La munición estaba escondida en una mochila. Los agentes avisaron de que iba a haber un detonación, lo que provocó escenas de pánico entre los curiosos y los familiares de las víctimas.

MÓVILES DE LAS VÍCTIMAS

A las 10.13, los expertos también hicieron estallar de forma controlada más metralla escondida en una mochila que los terroristas habían colocado en el primer coche del tren siniestrado en Atocha, pero que no explotó por motivos desconocidos por la policía. El ministro del Interior, Ángel Acebes, fue testigo de la actuación policial. Minutos después compareció ante los medios de comunicación para ofrecer el primer balance provisional de víctimas y realizar una declaración institucional de rechazo al terrorismo. A partir de esa hora, la tragedia ya estaba escrita. El estruendo de las bombas dio paso a los gritos desgarradores de los familiares de las víctimas y de los heridos, que fueron atendidos en los hospitales de campaña que el servicio de emergencias de Madrid montó en el polideportivo Daoiz y Velarde, en el distrito del Retiro. Pero fue insuficiente. Los servicios de emergencia también instalaron tiendas de campaña en las cercanías de las estaciones afectadas. En Atocha se levantaron tres unidades, dos controladas por los servicios médicos de la comunidad y otra por la Cruz Roja. Esta ONG movilizó a todos sus psicólogos para que trataran las crisis nerviosas y de ansiedad que presentaban las personas que buscaban con angustia a sus familiares. Uno de los atendidos fue Juan Noble, un ecuatoriano de 27 años que casi dos horas después de los atentados no sabía nada de su hermana. "Ella tenía que estar a las 8 de la mañana en su trabajo. Siempre hace la misma ruta. Va desde nuestra casa en Entrevías hasta Madrid, pero no sé nada de ella y no tiene teléfono móvil donde localizarla". El subdirector del servicio de emergencias de Madrid, Alfonso Infante, fue de los primeros que empezó a describir las imágenes del horror. Los médicos se enfrentaron a escenas dantescas. En la estación de Atocha abundaban restos humanos, cabezas sueltas, manos amputadas, pies desprendidos de sus piernas, cuerpos atravesados por metralla y hierro y móviles que no paraban de sonar en los bolsillos de los muertos. "Nunca habíamos visto algo igual", decían los médicos.

TRABAJO A DESTAJO

La misma versión fue ofrecida después por el jefe de los bomberos, Juan Redondo. "Hemos sido testigos de algo inimaginable. Era una carnicería brutal. Atocha se ha convertido en el andén de la muerte, como una imagen de la guerra. No lo voy a olvidar mientras viva", subrayó. Además, contó que los bomberos se emplearon a fondo para recuperar los cadáveres. "Hemos utilizado las manos y máquinas especiales. Se ha trabajado a destajo", añadió.

Mientras, los madrileños respondieron masivamente a la llamada de la Consejería de Sanidad, que reclamó donaciones de sangre para atender a los heridos, que alcanzaron la cifra de 1.430. Los leves fueron atendidos en centros médicos del extrarradio. Los críticos y los graves fueron trasladados a todos los grandes hospitales públicos de la capital, que quedaron colapsados. A última hora de la noche de ayer, 42 continuaban en estado crítico y otros 27 estaban muy graves.

Los servicios de emergencias instalaron autobuses en puntos céntricos de la capital. El de la Puerta del Sol fue el que más voluntarios congregó. La respuesta fue tan intensa que Sanidad pidió a los ciudadanos que reservaran sus donaciones de sangre para los días posteriores.

El juez Juan del Olmo, en funciones de guardia en la Audiencia Nacional, dirigió la comisión judicial que se encargó del levantamiento de los cadáveres. Unos 80 forenses, reclutados en todos los juzgados de España, se ocuparon de las primeras identificaciones. No obstante, los expertos tardarán un día más en completar ese trabajo. Diez de ellos son especialistas en catástrofes en las que hay que practicar pruebas de ADN a los familiares de los fallecidos. A los cadáveres no se les practicó la autopsia. Las labores de levantamiento de cuerpos empezaron a las 11.30 horas y concluyeron a las seis de la tarde.

Mientras, los madrileños empezaban a manifestarse en las calles. Unas 500 personas se congregaron en Sol. En Atocha varios espontáneos aparecieron con pancartas en las que exigían pena de muerte para los terroristas. Hasta ese momento, se creía que ETA era la culpable.

LOS RUMORES DE AL QAEDA

Sin embargo, en Atocha empezó a circular la versión de que se trataba de un grupo islamista. Los corresponsales de diarios extranjeros fueron los primeros que apuntaron esa

posibilidad, que les había sido ofrecida por sus jefes en sus países de origen. Al principio nadie les creyó.

El ministro del Interior, Ángel Acebes, aseguró a las dos de la tarde que ETA era la responsable. Sin embargo, media hora antes de la primera explosión, la policía había localizado en Alcalá de Henares una furgoneta con siete temporizadores y una cinta magnetofónica con versículos del Corán. A las 20.30, el ministro admitió que podía ser un grupo islamista. Media hora más tarde, Al Qaeda confirmó su autoría en un comunicado a un periódico árabe en Londres. La cadena SER informó a última hora de la tarde de ayer de que uno de los terroristas se suicidó en una de las explosiones. Interior no confirmó este extremo.

Por la tarde, se acondicionó un pabellón del parque ferial para albergar los cadáveres. Todos tendrán un funeral de Estado.

Esta información ha sido elaborada con datos de **Raimundo Castro** y **Luz Sanchis**.

Noticia publicada en la página 005 de la edición de Viernes, 12 de marzo de 2004 de El Periódico - edición impresa.